

EL NOMBRAMIENTO Y LA ENTRADA EN VALENCIA  
DEL ARZOBISPO FRAY ISIDORO ALIAGA.  
LOS INICIOS DE UN EPISCOPADO CONFLICTIVO

*Emilio Callado Estela*

Universitat de València

EN la madrugada del día de Reyes de 1611 el anciano arzobispo Ribera expiraba.<sup>1</sup> Algo más de medio año habría de esperar la diócesis valentina para contar con un nuevo prelado. La dignidad recaería, a propuesta de Felipe III, en el hasta entonces obispo de Segovia, don Pedro de Castro. No tardó éste en recibir la gracia y Bulas del Papa Paulo V, si bien jamás llegaría a tomar posesión de nuestra sede. De camino a Valencia encontró la muerte en Alcalá de Henares el 28 de octubre de 1611.<sup>2</sup> La noticia llegó a esta ciudad apenas unos días después, causando –según el dietarista Porcar– gran desconsuelo y sentimiento.<sup>3</sup> Ahora la espera iba a ser más larga...

A comienzos de 1612 el monarca, al fin, decidió el nuevo nombramiento. La mitra valenciana sería ceñida por un dominico aragonés, hermano del confesor regio: fray Isidoro Aliaga. Nacido en la provincia de Zaragoza el 4 de febrero de 1565, ingresó en la orden de Santo Domingo donde hizo su profesión religiosa en el convento de Predicadores de esta ciudad el 14 de julio de 1585. Más tarde llegó a ser Lector de Teología en Roma, Regente de la Minerva, Provincial de Aragón, obispo de Albarracín desde el 29 de abril de 1609 y después de Tortosa a partir del 16 de julio de 1611.<sup>4</sup> La noticia la recibió el dominico en su convento de Tortosa mientras asistía a

<sup>1</sup> P. J. Porcar, *Coses evengudes en la Ciutat y Regne de Valencia (1589-1629)*. Transcripción y prólogo de Vicente Castañeda Alcover, I. Madrid, 1934, fol. 140-140v.

<sup>2</sup> Sobre Pedro de Castro: J. B. Ballester, *Adición al catálogo de obispos y arzobispos de Valencia desde el año 1 de la muerte de Cristo*, Valencia, 1672, fol. 37-37v. También el tomo I de la obra del archivero de la catedral Pahoner, *Recopilación de especies sueltas perdidas pertenecientes a esta Santa Iglesia Metropolitana y a sus preeminencias en donde se hallan notadas o continuadas varias constituciones, ordinaciones, deliberaciones, privilegios, bulas, provisiones, estatutos y diferentes ejemplares del caso*. Su primer tomo, fechado en 1756 cuenta con un interesante episcopologio. Pedro de Castro en el fol. 59v. Por último habríamos de hacer mención a la escueta aunque muy útil obra de Olmos Canalda: *Los prelados valentinos*, Valencia, 1949, pp. 192-193.

<sup>3</sup> Porcar, *op. cit.*, fol. 146.

<sup>4</sup> Ballester, *op. cit.*, fol. 39 y Pahoner, *op. cit.*, fol. 60.

una recreación junto a sus hermanos. Tras conocerla volvió a su recreo sin decir nada a los otros religiosos. Sólo antes de retirarse a sus aposentos les hizo partícipes de la buena nueva.<sup>5</sup>

Confirmada la elección, la ciudad del Turia dispuso sus mejores galas para celebrarlo. Desde el 5 de febrero las calles se inundaron de fiesta y música. La alegría era general, si bien el convento de Predicadores la sentía de una manera muy especial. Los dominicos, el 6 de febrero, expresaban su alborozo con un *Te Deum Laudamus* dando gracias por la elección de nuevo arzobispo recaída en un hermano de hábito.<sup>6</sup> El gozoso júbilo de los frailes se prolongó durante varias semanas. La noche del domingo 9 de febrero hubo luminarias y música en la capilla del rey e iglesia de este convento; al día siguiente se celebró solemne misa en acción de gracias de la Santísima Trinidad, cantándose otro *Te Deum*, con gran concurso de gentes entre las que se contaban las primeras autoridades.<sup>7</sup>

Por esas mismas fechas los dominicos valencianos enviaron a Tortosa a dos de los suyos para dar la enhorabuena al arzobispo electo.<sup>8</sup> Quedó Aliaga muy agradecido con esta visita, hospedando a los embajadores de Santo Domingo por algunos días.<sup>9</sup> De vuelta a Valencia, uno de los emisarios, fray Juan Hernando, trajo consigo dos cartas del nuevo prelado. Una era para todos los religiosos del convento, la otra para el padre prior; las dos de semejante tenor:

El padre maestro fray Juan Hernando me ha dado la carta y recado que me trahía de esse santo convento, y estoy muy cierto de quanto me ha representado y ofrezido del ánimo y voluntad de todos los que en él ay, que es muy conforme a lo que la mía deben prometerse, pues nunca estar más contento como en las ocasiones de poder hazer algo en beneficio de esse santo convento y en satisfacción general de cada uno de los que en él viven. Y por qué el dicho padre maestro fray Juan Hernando lleva entendido de mí el gusto con que iré a gozar de la compañía de vuestras paternidades; el deseo que tendré siempre en servir a esse santo convento y el agradecimiento con que quedo a la visita que se me ha hecho de su parte y todo lo demás que se offrezie en las cosas que me ha comunicado escusaré el representarlo aquí. Y solo digo las confianzas que tengo de que por las oraciones de esse santo convento ser muy grandes será nuestro Señor servido hazerme azertar a cumplir con mis obligaciones. Dios guarde a vuestras paternidades.

De Tortosa, a 6 de febrero de 1612. Fray Isidoro Aliaga, obispo de Tortosa.<sup>10</sup>

<sup>5</sup> Ballester, *op. cit.*, fol. 39-39v y Pahoner, *op. cit.*, fol. 60-60v.

<sup>6</sup> *Ibid.* También Porcar, *op. cit.*, fol. 147v.

<sup>7</sup> BUV, Ms. 204, J. J. Falcó, *Historia de algunas cosas más notables pertenecientes a este Convento de Predicadores*, fol. 142.

<sup>8</sup> Pradas, *op. cit.*, fol. 130.

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> *Ibid.*, 130v-131v.

También el cabildo de la Metropolitana iglesia valentina celebró el acontecimiento, ajeno por completo a la encarnizada cruzada que desde comienzos de su episcopado Isidoro Aliaga desataría contra él. De momento los ánimos distaban mucho de encrespase. Todo lo contrario, el cabildo felicitaba, por medio de don Baltasar de Borja, al arzobispo electo, depositando en él grandes esperanzas, esperando que fuera Aliaga “quien repare tantas calamidades, espirituales y temporales, como se padezen”. Las esperanzas acabarían viéndose frustradas. Pero ahora el cabildo sólo ansiaba la pronta venida de su padre y señor.<sup>11</sup> Semanas después expresaba también su gran satisfacción por “tan acertada elección” al hermano del nuevo prelado, fray Luis Aliaga, por entonces confesor regio y más tarde inquisidor general.<sup>12</sup>

Definitivamente Isidoro Aliaga fue aceptado y confirmado en su dignidad por Paulo V el 23 de marzo,<sup>13</sup> “quando hizieron arçobispo de Zaragoza a don Juan de Moncada y obispo de Obiedo a fray Francisco de las Cuevas”, también de santo Domingo.<sup>14</sup> A comienzos de mayo al valenciano convento de Predicadores llegaba la noticia de que desde el pasado 28 de abril estaba en manos del confesor del rey un breve particular del Papa para que el arzobispo pudiera tomar posesión del arzobispado antes de la expedición de las Bulas, “favor extraordinario y muy singular”.<sup>15</sup> El Breve había sido expedido por el Sumo Pontífice el 27 de marzo de 1612 con las siguientes cláusulas: *Hec non ea que iurisdictionis non tamen ordinis sunt facere licite valeas*, y por otro lado *que infra sex manses teneatur expedire Litteras Appostolicas aliquin presens Ecclesia Valentina*.<sup>16</sup> El 25 de mayo, fray Isidoro Aliaga, ya con dicho breve en su poder, comunicó al cabildo sus intenciones acerca de la toma de posesión del arzobispado:

...Van a esto el doctor Baltasar Vitoria, arcidiano de Anso en la santa Iglesia de Jaca, electo maestrescuelas de Lérida, y el doctor Pedro Antonio Serra, que presentarán el dicho Breve y los demás recados a V.S., de quien estoy muy asegurado que recibirá y asistirá en lo que se ofreciere a los aquí nombrados como a personas que van en mi nombre..., con que escusaré lo que en razón de esto pudiera decir, remitiéndome en todo lo demás a lo que ellos dirán a V.S.<sup>17</sup>

<sup>11</sup> ACV. Leg. 4941, fol. 376, 8 febrero 1612.

<sup>12</sup> *Ibid.*, 389, 28 febrero 1612. Fray Luis Aliaga se convertiría en inquisidor general en 1619. Sobre fray Luis de Aliaga vid. J. Navarro Latorre, “Aproximación a Fray Luis de Aliaga, confesor de Felipe III e Inquisidor general de España”. *Estudios del Departamento de Historia Moderna de la Facultad de Filosofía y Letras*. Zaragoza, 1981.

<sup>13</sup> ACV. Leg. 68: 161 y Pahoner, *op. cit.*, fol. 60.

<sup>14</sup> Concretamente el 26 de marzo, Pahoner, *op. cit.*, fol. 152v.

<sup>15</sup> Pradas, *op. cit.*, fol. 132v-133.

<sup>16</sup> J. Sanchis Sivera, *Llibre de Antiquitats*. Manuscrito existente en el Archivo de la Catedral de Valencia. Valencia, 1926, p. 268.

<sup>17</sup> ACV. Leg. 4941, fol. 146.

Tan sólo cinco días después, el miércoles 30 de mayo, víspera de la Ascensión a las once de la mañana —cuando apenas hacía unos minutos había concluido un espectacular eclipse solar<sup>18</sup> que se convertiría en el primero de toda una serie de malos augurios que presagiaban el comienzo de un revuelto episcopado— el doctor Baltasar Vitoria, en nombre de Aliaga, tomó posesión del arzobispado de Valencia.<sup>19</sup> Acompañaron al procurador del prelado en la toma de posesión el doctor Gaspar Tapia, canónigo de Valencia, como vicario capitular sede vacante, y don Miguel Vich, sacristán, como canónigo más antiguo:<sup>20</sup> “Dit Vitoria presentà lo breu al molt il·lustre capítol y la procura que de dit señor archebisbe portava, y requerí en nom de son principal que li donassen la poseció conforme sa Santidad ordenava en lo breu.”<sup>21</sup> Retiróse a corte el capítulo para reconocer el Breve y la procura. Examinados ambos se proveyó que se le diera la posesión conforme era costumbre en la Iglesia de Valencia, habiendo pasado por la *Taula* y satisfecho los derechos acostumbrados.<sup>22</sup> Entró en el capítulo Vitoria e hizo solemne juramento, *more solio*, conforme estipulaba el libro de Constituciones de esta Iglesia. A continuación se tocó la campana que solía tocarse en las posesiones de arzobispado, dignidades y canonicatos. Después, Vitoria, siempre acompañado por los canónigos Tapia y Vich, fue llevado hasta el coro, tomando posesión de la silla arzobispal “seent-se en ella *in signum posesionis*...”, après anaren a l’altar major ahon avía un faristol ab un missal ubert, en lo qual digué, *alta voce*, una oració de Nostra Señora com a patrona y titular de dita Esglesia y tocà tots los ornaments pontificals que damunt dit altar estaven”.<sup>23</sup> Seguidamente acudieron a la corte del oficialato, de la cual también tomó posesión, sentándose en la silla de la Audiencia; por último fueron a la prisión, tomando las llaves, tocándola y abriéndola, *in signum posesionis*.<sup>24</sup>

Dos días más tarde, el 2 de junio, el cabildo dio cuenta a Aliaga de como su procurador había tomado posesión del arzobispado, suplicándole, además, que abreviara lo más posible su deseada venida.<sup>25</sup> El arzobispo no iba a tardar mucho tiempo en dar satisfacción a los capitulares. De hecho, el 10 de julio, desde Iglesuela, se dirigió a ellos para hacerles saber que:

<sup>18</sup> Porcar, *op. cit.*, fol. 153v.

<sup>19</sup> *Ibid.* También ACV. Leg. 691, fol. 40v; *Llibre de Antiquitats*..., p. 268; Falcó, *op. cit.*, fol. 413; Pradas, *op. cit.*, fol. 60; Ballester, *op. cit.*, fol. 39 y Pahoner, *op. cit.*, fol. 60.

<sup>20</sup> *Llibre de Antiquitats*..., p. 268.

<sup>21</sup> *Ibid.*

<sup>22</sup> *Ibid.*, 269.

<sup>23</sup> *Ibid.*

<sup>24</sup> *Ibid.* De ello levantó acta el notario y escribano del capítulo, Gaspar Palavicino. Al día siguiente, a la misma hora, el doctor Vitoria, “en audiència en la cort, fèu y assentà per assessor a la sua mà dreta a lo doctor Tàrrega, advocat de la sala”, Porcar, *op. cit.*, fol. 153v.

<sup>25</sup> ACV. Leg. 4941 s/f.

...El deseo que tengo de llegar a esa santa Iglesia me haze no esperar que lleguen las Bulas y Palio sin el qual no puedo usar de algunas cosas en que suele repararse mucho para entrar en la ciudad principal de la diócesis el prelado. No ofreciéndose otra cosa de nuevo, será el domingo primero que viene el entrar yo en esa ciudad, como más en particular dirá a V.S. el vicario general (a quien me remito) para que V.S. lo sepa y pueda mandar prevenir las cosas necessarias para ese día y hazer lo que en semejantes ocasiones se acostumbra.<sup>26</sup>

La misiva no dejaba lugar a dudas: la llegada de Isidoro Aliaga era inminente. Apresuradamente el cabildo contestó al anuncio del arzobispo. Su actitud de extremada impaciencia por el padre que no llega se vio ahora difuminada por excusas y reparos que imposibilitaban la hasta hace poco tiempo anhelada entrada, “y aunque la avemos deseado y desseamos en sumo grado, se ofrecen tantas dificultades e inconvenientes para que el recibimiento se pueda hazer con la decensia, solemnidad y cumplimiento que se a acostumbrado y disponen el pontifical y ceremonial romano”.<sup>27</sup> La respuesta fue entregada al arzobispo por los canónigos Cristóbal Frígola y don Leonardo de Borja.<sup>28</sup> Pero para entonces Aliaga ya estaba en la diócesis. El 14 de julio, en Morvedre, recibido el mensaje, el prelado no tuvo otro remedio que aceptar el parecer de su cabildo y posponer su entrada. Así lo expresaba en la carta entregada a los canónigos Frígola y Borja:

...y en particular de differir mi entrada hasta tener las Bullas y el Palio. Siendo ese el parecer de V.S. me conformo con él, pues, como se me ha representado, será también de particular contentamiento de V.S. el entrar yo con todas las circunstancias de solemnidad, conforme a lo que a esta dignidad se debe.<sup>29</sup>

Leída la contestación, el cabildo pasó a considerar, por espacio de algunas semanas, las rúbricas del ceremonial romano, reconociendo y examinando los modos practicados en otras solemnes entradas. Por un momento se pensó que lo más conveniente sería conjugar la observancia del ceremonial romano con las ansias —supuestamente reinantes en ambas partes— de la pronta entrada del arzobispo en la ciudad. Pronto esta posibilidad se descartó, dados los muchos inconvenientes que, decía el cabildo, “nos an obligado a reparar mucho en ellos y escusar todo género de novedades por ser principio de disgustos e inquietudes que tan a nuestro cargo está el evitarlas”. Como mucho se comprometía a pasar por alto algunos puntos guardados en otras ocasiones anteriores, aunque, eso sí, rechazaba tajantemente que el prelado pudiera entrar a caballo como algunos habían propuesto.<sup>30</sup>

<sup>26</sup> *Ibid.*, 62.

<sup>27</sup> *Ibid.*, 78-78v. 13 julio 1612.

<sup>28</sup> *Ibid.*

<sup>29</sup> *Ibid.*, fol. 81.

<sup>30</sup> *Ibid.*, fol. 111-111v. Acto reservado exclusivamente a Pontífices, reyes y legados.

De todo ello dieron cuenta al arzobispo en el mes de agosto, adjuntándole unas amplias y pormenorizadas instrucciones en las que, con todo lujo de detalles, el cabildo ponía en conocimiento de Aliaga el modo en que habría de llevarse a cabo la solemne entrada. Además, le suplicaban que estudiara esta determinación y que se conformara con ella “porque ha sido necesario anteponer los actos de prudencia a nuestros buenos deseos”.<sup>31</sup>

<sup>31</sup> El cabildo no escatimó detalles a la hora de dejar claro al nuevo arzobispo el modo cómo habría de desarrollarse tan solemne acontecimiento. Después de que el arzobispo hubiera llegado al monasterio de san Miguel de los Reyes recibiría las visitas del cabildo, Ciudad, Diputación, oficiales reales, nobleza y gente principal. Mientras tanto en la ciudad se llevarían a cabo los preparativos convenientes para tal acontecimiento. En primer lugar se contemplaba la prevención y adorno de la puerta de los Serranos, por la cual habría de entrar el arzobispo. Se colocaría en este lugar un altar cubierto por un rico dosel y debajo de él el *lignum crucis*, aderezado por blandones, hachas y muchos cirios. Dispondríase un sitial de brocado con almohadones para poder arrodillarse. A una parte se pondría una credencia y sobre ella los ornamentos pontificales (capa y estola blanca, alba, cíngulo...). A la otra, una credencia más para colocar las capas de las dos dignidades más destacadas que asistirían al arzobispo. Se dispondrían otras dos para los canónigos que habrán de llevar cetros en la procesión, así como también algunas más para el capellán de la cruz, para el del báculo y para el de la mitra. A una parte estaría arimado el palio bajo el cual habría de entrar el arzobispo.

Un cortejo saldría a recibir al prelado a la puerta de Serranos. En él desfilarían cabildo y clerecía de todas las parroquias de la ciudad. Mientras, el arzobispo, a caballo y con sus criados y familia, habría de encontrarse en el lugar acostumbrado con el recibimiento de los jurados, oficiales reales y nobleza. Allí se apearía y se vestiría de pontifical. Acto seguido montaría en una mula convenientemente adornada con los paramentos pontificales. Llegados al punto señalado, todos desmontarían de sus corceles y el arzobispo se arrodillaría en la almohada y faldistorio ya mencionados. A continuación, el arcediano mayor daría a adorar al prelado el *lignum crucis*. Tras vestirse con el amito, alba, cíngulo, estola y pluvial tomaría la mitra y se colocaría bajo el palio que habría de ser conducido por los doctores más antiguos. De este modo, y guardando un estricto orden de preeminencias, avanzaría la solemne procesión por las calles acostumbradas que habrían de estar convenientemente adornadas para la ocasión.

Llegada la procesión a la Seu entraría por la Puerta de los Apóstoles. Cuando el arzobispo llegara a la lonjeta dos sacristanes extenderían una alfombra para él. Luego el arcediano mayor tomaría de mano del maestro de ceremonias un aspersorio para el prelado, quien habría de asperjar a los presentes. A continuación el arcediano ofrecería al mitrado la naveta del incienso, poniéndose tres veces incienso en el incensario que sostendría el maestro de ceremonias; y habiendo hecho el arcediano una sincera humillación incensaría tres veces al arzobispo. Acabados los inciensos, se entonaría un *Te Deum*, siguiéndose música, disparo de cohetes, recital de versos y aleluyas desde el cimborrio... de esta manera el arzobispo daría una vuelta a toda la iglesia, siendo acompañado por el cabildo hasta el altar. Delante de las gradas de éste, previamente, se habría colocado otro sitial con una almohada, para poder arrodillarse, y una silla. Una vez en el rellano del altar mayor, el asistente quitaría al prelado la mitra y se arrodillaría sobre el sitial. Hecha humillación al Santísimo Sacramento, se levantaría el arzobispo y se le volvería a colocar la mitra, subiendo hasta el altar mayor. Allí haría otra humillación a la cruz y tras acabarse el *Te Deum* el arcediano mayor entonaría sobre el libro que estaría en el altar el verso *Protector et alia pro ut in pontificali*. Mientras decía el *per dominum* se levantaría el arzobispo para ir a sentarse en una silla situada en el centro del altar donde habría de recibir a todas las dignidades y canónigos. Más tarde se retiraría la silla y el asistente la mitra; tras nueva humillación a la cruz, el prelado besaría el altar

Pasado el verano, aunque no el calor que continuaba azotando la ciudad con motivo del desenfreno de celebraciones en honra del fallecido mosén Francisco Jerónimo Simó,<sup>32</sup> el cabildo volvió a contactar con el arzobispo por medio del canónigo don Fadrique de Villarrasa.<sup>33</sup> Desconocemos por el momento el motivo de la nueva embajada. Lo cierto es que, como el mismo Villarrasa expuso, la importancia de los negocios que se habían ofrecido había obligado al cabildo a consultar con su prelado.<sup>34</sup> Nos inclinamos a pensar que tales asuntos, además de estar relacionados con la entrada de Aliaga, harían obligada referencia a los numerosos problemas derivados de la gran devoción que, ya por entonces, se rendía a mosén Simó. Devoción que en todo momento habría de contar con el abnegado apoyo del cabildo y que supondría un motivo más de fricción entre éste y el arzobispo, convertido en auténtico azote de los simonistas.

Un mes después, el confesor regio fray Luis Aliaga agradeció al cabildo el gran contento con que se había acogido la llegada de su hermano el arzobispo a tierras valencianas, esperando que en el futuro se prolongase esta buena sintonía.<sup>35</sup> Mientras la ciudad seguía conmovida por los avatares provocados por los milagros que se decía obraba el santo —aunque no beatificado ni canonizado— Simó, Isidoro Aliaga, expectante y al tanto de los acontecimientos que se producían en la capital del reino, esperaba en El Villar, señorío de la mitra, la venida del *Pallium* y Bulas que habrían de permitirle, de una vez por todas, la entrada en Valencia.<sup>36</sup> Por fin, tras haber pensado, incluso, entrar secretamente:

y, después de cantada la antífona y verso reponsorio de Nuestra Señora —patrona de esta Iglesia— cantaría la oración. Acabada ésta volverían a colocarle la mitra y andaría hasta el centro del altar donde daría la bendición solemne.

Más tarde el arcediano mayor publicaría las indulgencias, para, terminadas éstas, bajarse el arzobispo del altar, hechas las acostumbradas humillaciones, y despedirse de los jurados, oficiales reales y demás gente. Acompañado de su cabildo iría a la sacristía donde dejaría los paramentos pontificales y sus asistentes los pluviales. Tomada la capa, y siempre con el cabildo, se retiraría a su palacio. ACV. Leg. 4941, fol. 112-113v.

<sup>32</sup> La figura del más que venerado Simó habría de convertirse en un tumor que corroería al mitrado el resto de sus días. Aliaga quedaría totalmente obsesionado por el beneficiado de San Andrés. A la altura de 1623, en un interesante y curioso memorial localizado en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander, el arzobispo responsabiliza a Simó y a sus seguidores de todos y cada uno de los males que se habían abatido sobre él: “...ha sido haber llegado esta causa del padre Simó a tirar así todas las demás de cualquier género que fuesen y hacerlas populares y dar la culpa al arzobispo, a quien como enemigo han perseguido con la mayor crueldad del mundo”.

<sup>33</sup> Esta ocasión sería probablemente una de las primeras en que don Fadrique de Villarrasa entró en contacto con Isidoro Aliaga. Una relación que daría mucho que hablar y que convertiría a Villarrasa en uno de los hombres de confianza del arzobispo, como se puso de manifiesto en el asunto Simó.

<sup>34</sup> ACV. Leg. 4941, fol. 133. 19 septiembre.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 219. 19 octubre.

<sup>36</sup> El Villar habría de convertirse en el escenario de las intrigas maquinadas por los seguidores y detractores de Simón buscando atraer al arzobispo a su causa. El prelado recibiría en

...Viniéronle las Bullas y el Palio juntamente al señor arzobispo de Valencia este mes de octubre del año 1612. Y fue la causa el aver tardado tanto o el no aver aparejado presto los dineros que se avían de dar al Papa o el descuydo que tuvieron los que negociaban las dichas Bullas y Palio.<sup>37</sup>

Inmediatamente el arzobispo anunció al cabildo el 29 de octubre que contaba ya con las Bulas y el *Pallium*, de modo que ningún impedimento obstaculizaba su entrada en la capital, por lo que ésta no se demoraría ni un minuto más. Instaba al cabildo a que tuviera todo convenientemente preparado para el domingo 4 de noviembre, día señalado por Aliaga para entrar en Valencia.<sup>38</sup> Como no podía ser de otro modo, el cabildo aceptó sin ningún reparo el día determinado por el arzobispo, comprometiéndose a hacer todos los preparativos que convenían al caso, en conformidad con el memorial que se había acordado ente ambas partes.<sup>39</sup>

También la Ciudad quiso aprovechar la ocasión para presentar sus respetos a Aliaga. Con suma cordialidad, el 31 de octubre los jurados expresaron la gran alegría que les había causado la fausta nueva de su inminente entrada, la cual atajaría la soledad y desconsuelo que se había vivido durante tanto tiempo sin el amparo y sombra de un prelado...<sup>40</sup> Contento también el del estamento militar y el del pueblo, júbilo y alborozo general, en definitiva. Tras casi dos años de orfandad los valencianos tendrían un nuevo padre al que, al parecer, todos amaban... o casi todos, ¿cómo iba a entenderse, si no, que ya en julio, sin ni siquiera haber pisado la capital, algunas gentes profirieran graves insultos contra el arzobispo e incluso llegaran a quemar un muñeco de paja que simulando al prelado había recorrido a lomos de un asno toda la ciudad?<sup>41</sup> Isidoro Aliaga siempre contó con una nada desdeñable oposición en Valencia que iría fortaleciéndose con el tiempo. La actitud del arzobispo respecto al simonismo fue su germen. La exaltación del pueblo, la intransigencia del prelado y el mitificado recuerdo del Patriarca se encargaron del resto.

varias ocasiones las visitas de los priores dominicos y franciscanos, dándole éstos su particular visión sobre la devoción a Simó; igualmente lo hicieron algunos simonistas. Aliaga ordenó a su delegado que probara las consecuencias que podría acarrear una posible reformatión de ésta, dando lugar a los alborotos del 21 de julio de 1612. Vid. nota 41.

<sup>37</sup> Pradas, *op. cit.*, fol. 133v.

<sup>38</sup> ACV. Leg. 4941, fol. 170.

<sup>39</sup> *Ibid.*, 31 octubre.

<sup>40</sup> AMV. *Lletres Misives* g<sup>3</sup>-58, fol. 231-231v.

<sup>41</sup> ACV. J. Gavastón, *Vida del Padre Simón...*, Valencia, 1619, fol. 61-81v. Nos referimos al llamado motín de la Magdalena que el 21 de julio los seguidores de mosén Simó pusieron en marcha temerosos de cualquier reformatión de su devoción. Durante tres días los alborotos colapsaron la ciudad. El arzobispo se convirtió en uno de los principales objetos de crítica, coreándose por todas las calles y rincones una frase que habría de hacerse famosa: ¡Victor Mosén Simó a pesar del Motiló!, acusando al prelado de estar inducido en sus actuaciones contra el simonismo por los dominicos valencianos.

Efectivamente su entrada se produjo el primer domingo después de Todos los Santos, 4 de noviembre, como él mismo había previsto. Ya el sábado llegó al agustino convento del Socorro, siendo recibido el prelado con alborozo, cruz y procesión y *Te Deum*, como era costumbre recibir la primera vez a los mitrados.<sup>42</sup> Allí se apeó hasta la mañana del domingo. No cenó aquella noche el arzobispo y, después que todos los religiosos se retiraran, bajó a la iglesia a rezar. Acabadas sus oraciones pasó al sepulcro de Tomás de Villanueva, encomendándose a él "para que como prelado que avía sido desta Iglesia y tan bien la avía regido y governado, y como experimentado le supplicava le guiasse y encaminasse en sus obras y acciones".<sup>43</sup> A la mañana siguiente, muy temprano, dijo misa y volvió a encomendarse al mismo Villanueva. Poco comió el arzobispo, "pues solo tomó una escudilla de potage con un poco de pan y bebió una vez".<sup>44</sup> Siguiéronse numerosas visitas. Entre ellas las de los dominicos, el virrey marqués de Caracena, la Diputación y la Audiencia. Después de comer les imitaron los jurados y otros caballeros.<sup>45</sup> Mientras los notables desfilaban ante el arzobispo, los ansiosos fieles se arremolinaban en aquellas calles por donde había de pasar el nuevo prelado. La congestión de las principales arterias obligó a los jurados, canónigos y clerecía a buscar otro camino para llegar hasta Santa Úrsula, donde esperarían a Aliaga.<sup>46</sup>

A las cuatro de la tarde el arzobispo "entró por el Portal de Quarte..., hizo un viento tal desaforado en aquel Portal que alzava las piedras del suelo. Y ahora, fuese por él o por descuido del crucero, se quebró la cruz del guión que llevaba delante y cayó en el suelo, y la hubieron de atar con una cinta de seda. Y así fue toda la procesión atada".<sup>47</sup> Este nuevo percance fue interpretado como un nuevo nefasto augurio; no faltó quien pronosticó, a raíz de éste, las graves dificultades por las que habría de atravesar el arzobispo. Le aguardaban junto a San Sebastián los jurados, quienes le hicieron recibimiento y lo acompañaron a caballo hasta el monasterio de Santa Úrsula. Iba el prelado bendiciendo a las gentes a lomos de una gran mula negra bien guarnecida de brocados. Llegado a Santa Úrsula desmontó de su corcel, entregándolo al arcediano Tapia. Se quitó las ropas de camino y se vistió de pontifical.<sup>48</sup> Posteriormente, con un gesto que habría de asombrar

<sup>42</sup> Falcó, *op. cit.*, fol. 446.

<sup>43</sup> BUV. Ms. 163, F. Sala, *Historia de la Fundación y cosas memorables del Real Convento de Predicadores*. Tomo I, fol. 382.

<sup>44</sup> *Ibid.*, 383.

<sup>45</sup> *Ibid.* Y también Falcó, *op. cit.*, fol. 446.

<sup>46</sup> *Ibid.*, 383-384.

<sup>47</sup> Cit. por Robres en "Pasión Religiosa y Literatura Secreta...", *Anthologica Annua* 26-27. Roma. 1979-1980, pp. 371-372.

<sup>48</sup> Porcar, *op. cit.*, fol. 169-169v y Sala, *op. cit.*, fol. 386.

a todos los presentes, se descalzó los zapatos y medias, quedando sus pies totalmente desnudos. Asombrados, los canónigos le aconsejaron que no lo hiciese, pues era largo el trecho que había de recorrerse y malo el estado de las calles por las que se pasaría.<sup>49</sup> De poco sirvieron los consejos y ruegos. Aliaga se había empeñado en dar un golpe de efecto y así lo hizo entrando descalzo en Valencia, tal cual hizo en su día San Antonino al entrar en Florencia, como indicó el mismo arzobispo.<sup>50</sup> Sin más dilaciones, partió la comitiva que pronto hubo de detenerse pues no podía seguirse el itinerario acostumbrado dada la exagerada concurrencia de gentes y coches, de tal modo que se determinó ir por calles y callejones nunca imaginados ni andados por otras procesiones para poder llegar hasta la plaza de la Seo;<sup>51</sup> el dietarista Porcar describe con detalle el improvisado itinerario responsabilizando a los jurados de la falta de previsión:

Y'l portaren per lo vora mur del Portal dels Tints a la Corona, als Tints... y a la plaça de mossén Sorell, al hostel de la Cadena per lo hostel de Morella, per lo Portal de Valldigna a sant Bertomeu, per la confraria de sant Jaume al carreró que travesa per la cort formada a la plaça de la porta dels apòstols. Y no'l portaren per lo carrer de Quart, per hon lo día en ans havien fet la crida que havia de pasar, perquè les provisions dels que eren jurats, com en altres coses de bé de la ciutat, se'n avien descuydat també en esta, que estava tot lo carrer de Quart tan apinyat de colchos que no's podien moure. Y així anaven per un carreró tal qual los jurats merexen. Portaven lo Palli de déu bordons déu doctors de la Seu...<sup>52</sup>

El impacto causado por la entrada del arzobispo no pudo ser más espectacular. A los pies descalzos y la alteración del usual recorrido se sumó el propio gesto del prelado, con sus manos recogidas, muy devoto y el rostro humilde, ante lo cual muchos terminaron por sucumbir. Fue el caso de sus hermanos de hábito que, como apuntó el dominico Sala, en un exaltado arrebató "nos hechamos por tierra; no como quiera sino de largo a largo, abraçando sus lastimados y delicados pies (ya brotando sangre)... tocándolos, besándolos...".<sup>53</sup> Finalmente la procesión llegó a la plaza de la Seo cuando la noche casi se había apoderado de la urbe. Todo, hasta el último detalle, había sido convenientemente aderezado: el cortejo avanzaba al son de la música de cantores y menestres, murta y *enrramà* cubrían el suelo,<sup>54</sup> un arco triunfal lleno de santos de la tierra, epigramas y jeroglíficos que elogiaban al nuevo prelado presidía el recinto. Todo era perfecto, "salvo que en lo más eminente de la fachada había una imagen de Simó y a sus

<sup>49</sup> Sala, *op. cit.*, fol. 386.

<sup>50</sup> Pradas, *op. cit.*, fol. 133v.

<sup>51</sup> Sala, *op. cit.*, fol. 387.

<sup>52</sup> Porcar, *op. cit.*, fol. 169v.

<sup>53</sup> Sala, *op. cit.*, fol. 388-389.

<sup>54</sup> Falcó, *op. cit.*, fol. 446 y Porcar, *op. cit.*, fol. 169v.

lados. un poco más abajo, dos Vicentes".<sup>55</sup> La sombra de mosén Simó quería también dar su particular bienvenida a Aliaga. El arzobispo no tardó en comprobar que el beneficiado de San Andrés seguía vivo. Un clérigo, refiriéndose al arco triunfal, gritó "¡Simón está en el mejor lugar!";<sup>56</sup> a un dominico le colgaron en la espalda una estampa de Simó y así lo llevó buen rato hasta que, advirtiéndolo, se volvió y dijo a las gentes que se mofaban de él: *Mirad valencianos en qué tenéis a vuestro santo que le colgáis en un lugar tan indecente como es el trasero*.<sup>57</sup> La sombra de Simó a punto estaría de asfixiar la mitra... Simó, Simó.

La comitiva entró ya de noche en la Seo. Haciéndose la oración al Santísimo Sacramento y las demás ceremonias, Aliaga se retiró a su palacio llevado prácticamente en brazos, pues la fatiga y cansancio causado por el largo y mal trecho le impedían valerse por sí mismo.<sup>58</sup> Necesitó varios días de descanso para reponerse del esfuerzo realizado. Una vez restablecido, el arzobispo asió con vigor y energía las riendas de la diócesis. Una de sus primeras actuaciones fue la devolución de las visitas oficiales. Si su entrada se había caracterizado precisamente por la austeridad y humildad, ahora desplegaría con todo su esplendor la ostentosa pompa y opulento boato propio de su dignidad. Así se puso de manifiesto cuando el jueves 8 de noviembre salió de su palacio a visitar al virrey:

Y anava ab una carroça de domàs negre, ben guarnida y de magestat, ab quatre cavalls castanys frisons ben guarnits. Anava a la mà esquerra don Miguel Vich, canonge y sagristà de la Seu; a la porta de mà dreta anava don Christófol Frigola, canonge y degà de la Seu; y a la altra porta, don Federich Villarrasa, canonge de la Seu. Anava acompanyat de tots los criats y officials de palacio, tots ab barrets de quatre cantons ab guardrapes y a cavall. Y lo crusero portava la creu a cavall y alta. Y quan fonch en lo real, los cocheros de Valencia anaren tots ben concertats sobre ses cavalcadures y ben adresats, ab moltes banderes y pendons, atabals y trompetes...<sup>59</sup>

El prelado aprovechó su primera salida para visitar la capilla que en honor de Simó se había erigido en San Andrés, "todo lo vio y notó, y aunque no dijo palabra pero no se arrodilló ni hizo oración, cosa que ya mur-

<sup>55</sup> BUV. Ms. 163, *La Verdad sin Rebozo*, fol. 206. Se trata de un interesante manuscrito que hemos localizado en la Biblioteca Universitaria, en el cual se extracta la mayor parte de la obra del dominico Gavastón así como también otros escritos relativos a Aliaga y a Simó.

<sup>56</sup> *Ibid.*

<sup>57</sup> Cit. por Robres en "Pasión Religiosa...", p. 373.

<sup>58</sup> Sala, *op. cit.*, fol. 390 y Porcar, *op. cit.*, fol. 169v: El dietarista deseaba al arzobispo que "Nostre Señor lo dexe acabar en son sant servici que cert amostra ser persona molt affable, de gran govern y amich de pobres, lo que tant a menester esta tan desdichada terra en lo temps de tan infelís y malaventurat govern que aja arribat persona que's compartisca de aquella".

<sup>59</sup> Porcar, *op. cit.*, fol. 169-170.

muraron los simonistas".<sup>60</sup> Después, sobre las cinco de la tarde, por la plaza de Predicadores y la calle del Mar, se volvió a palacio. Al parecer, esa misma tarde, los dominicos acudieron a Aliaga para suplicarle que les hiciera la merced de hacerlos visitadores de las iglesias de la diócesis. La respuesta del arzobispo no pudo ser más salomónica: "que ls frares eren germans seus y que ls capellans eren sos fills y que no era rahó que fes als germans y desfés als fills y que anaren enhorabona a son convent y que tingueren conte en sa religió".<sup>61</sup> Los de Santo Domingo, defraudados por la actitud de su hermano del que esperaban les favoreciera en todo —¿y no lo haría así a lo largo de treinta y seis años de episcopado?—, se volvieron a su casa.

Al siguiente domingo, 11 de noviembre, día de San Martín, por la mañana, Isidoro Aliaga bajó por primera vez a la Seo vestido de pontifical. Primer día, primer encontronazo. El arzobispo no saludó a un canónigo que entró después de comenzados los oficios. Habiéndoselo reprochado los canónigos, Aliaga saludó y seguiría saludando, aunque de un modo nada habitual, "quando el canónigo le haze la humiliación le da la bendición con el bonete puesto y después se le quita".<sup>62</sup> Con todo, el prelado convidó a comer a los canónigos.<sup>63</sup> La misma tarde, tal vez para hacerles olvidar el desplante de días atrás, Aliaga visitó el convento de Predicadores. Entró por la iglesia, admirando las muchas y adornadas capillas. Pasó a continuación al recinto conventual propiamente dicho, holgándose con sus padres y hermanos. Se detuvo mucho tiempo charlando con los novicios<sup>64</sup> y rezó a Santo Domingo.<sup>65</sup> El efecto de la visita fue el esperado por el arzobispo: "los frares ne estaven molt alegres y aprés moltíssim per ser com ells".<sup>66</sup> Los frailes podían estar contentos. En adelante serían muchas las ocasiones en que Aliaga visitaría su convento, acudiendo puntualmente a sus festividades y compartiendo sus devociones (así ocurrió con la procesión de Nuestra Señora del Rosario, el Santísimo Nombre de Jesús...).<sup>67</sup> Sin duda, uno de los pilares fundamentales sobre los cuales descansaría la mitra a lo largo de todos estos años habría de ser el convento de Predicadores.

<sup>60</sup> *Ibid.* Según el mencionado dietarista los hombres del arzobispo "portaven en mig de una galera un bufet, y en mig del bufet un plat de argent ab un gran ponsil ple de reals de a huyt y de a quatre, y alrededor del ponsil molts papers de menus y eren per a portar a sant Andreu perque carregassen renda per a olí a la llàntia que havien fet a la capella del benaventurat mosén Francés Geroni Simó". También *La Verdad sin Rebozo*, fol. 206.

<sup>61</sup> Porcar, *op. cit.*, fol. 169v-170.

<sup>62</sup> ACV. Leg. 4941, fol. 661v.

<sup>63</sup> Porcar, *op. cit.*, fol. 170v.

<sup>64</sup> Sala, *op. cit.*, fol. 390-391.

<sup>65</sup> Porcar, *op. cit.*, fol. 170v.

<sup>66</sup> *Ibid.*

<sup>67</sup> Sala, *op. cit.*, fol. 392.

Pero los nigérrimos nubarrones que acechaban en el horizonte se aproximaban raudos e imparables. Desde mediados del mismo mes de noviembre, Isidoro Aliaga —que "entró con más religiosa edificación de su persona que aclamación de sus ovejas"—<sup>68</sup> comenzó a mostrar su verdadero talante. Desde entonces, y sin miramiento alguno, embarcó a la mitra en una serie de interminables enfrentamientos con el cabildo, algunas parroquias, la Ciudad, el estamento militar, el virrey, el pueblo... o con quien quiera que osara contradecir su voluntad. Si la causa de Simó le había ocasionado —y seguiría ocasionándole durante bastantes años— los primeros quebraderos de cabeza, ahora el prelado se enzarzaba con su cabildo en una agria disputa que estaba en sus albores y que daría mucho que hablar. El arzobispo:

Manà als canonges y capítol de la Seu que muntasen a palacio a tenir capítol. Y lo capítol respongué que sí manava venir que molta enhorabona, que vingués y baxàs al capítol. Y replicant-se per totes parts li fonch respost, segons dihuen, per part del capítol que en el arçobispado avia havido perlados de alta sangre y linage real y hijos de muchísimos grandes y ellos también grandes y que jamás havían con tal cabildo, tan yl-lustre, tal término usar; que también havia en él hijos de grandes personas, y que el excelentísimo don Joan de Ribera era también hijo de grande y pariente de muchos grandes y que jamás tal término avía ussado con el cabildo, sino que se le offrescía comunicar algo con el cabildo lo comunicara con un canónigo de quien se fiera y darà razón al cabildo dello y le bolví la respuesta, de manera que ni çes ni res.<sup>69</sup>

Apenas comenzadas las desavenencias con el cabildo, su estricta observancia del orden, dignidad y preeminencias llevó al arzobispo a un desagradable encuentro con el rector de Santa Catalina. En carroza y acompañado por el deán Frígola y el canónigo Villarrasa, el 25 de noviembre Isidoro Aliaga acudió a los oficios de esta parroquia en su silla, tocado con unas pieles negras y con sombrero de cuatro esquinas. Estupefacto ante el panorama que contempló, el arzobispo ordenó al rector de la iglesia, que oficiaba la misa junto a dos beneficiados, que no se sentaran bajo ningún pretexto en las sillas que habitualmente solían ocupar y que estaban colocadas en el altar en la parte de la Epístola. El obrero de Santa Catalina consultó a Frígola qué hacer. Éste le hizo traer tres taburetes que tampoco fueron consentidos por el arzobispo, mandando que inmediatamente fueran retirados y sustituidos por un largo banco de madera como estaba contemplado en el ceremonial romano reformado por Clemente VIII. Así se hizo, sentándose allí rector y beneficiados.<sup>70</sup> Cuando dos días más tarde Aliaga tuvo noticia de que el párroco, obviando sus instrucciones, no había retirado las sillas

<sup>68</sup> J. Rodríguez, *Biblioteca Valentina*. Valencia, 1747, p. 582.

<sup>69</sup> Porcar, *op. cit.*, fol. 171v.

<sup>70</sup> *Ibid.*

ordenó su prisión. El 29 de noviembre, esperando que hubiese escarmentado, decretó su excarcelación.<sup>71</sup>

El tormentoso Adviento dio paso a una Navidad de claroscuros. Una de cal: Aliaga volvió a mostrar sus más positivos rasgos, su carácter espléndido y bondadoso, dando una suculenta limosna de 8.350 reales repartidos del siguiente modo: 800 reales irían a parar al Hospital General, otros 500 para el convento de sus hermanos dominicos, 300 más para el de San Francisco y otros 150 para cada uno de los restantes conventos y parroquias de la ciudad;<sup>72</sup> el lunes, día de Nochebuena, el arzobispo comenzó a entonar vísperas de Navidad en la Seo vestido de pontifical, “y dix la missa de Nadal, la del Gall y la Tercera en la Seu solemnement y convidà als señors canonges a dinar”...<sup>73</sup> Y una de arena: el hecho de que canónigos y prelado comieran juntos no implicaba que su relación estuviera exenta de roces. Seguía pendiente una reciente cuestión que continuaba preocupando al cabildo:

El señor arzobispo, luego que llegó a esta Yglesia, quiso usar de la tribunilla o púlpito para hojr los sermones y venir privadamente, que estava en tiempo del señor Patriarcha. Y aunque de palabra por muchas vezes le suplicamos fuesse servido de venir a la yglesia públicamente y con capa de choro, pues Dios le ha dado salud y edad para podello hazer y yr al sermón juntamente con su cabildo.<sup>74</sup>

Viendo que Aliaga hacía caso omiso a sus peticiones, el cabildo se sirvió de su agente destacado en Roma, el canónigo Balaguer, para realizar algunas diligencias en la corte pontificia. No cabía otra solución. Y es que, habiendo entregado un memorial al arzobispo en el que se recogían toda una serie de fundadas razones por las cuales la mitra había de renunciar a sus pretensiones sobre la mencionada tribunilla o púlpito,<sup>75</sup> Isidoro Aliaga

<sup>71</sup> *Ibid.*, 72.

<sup>72</sup> Falcó, *op. cit.*, fol. 447.

<sup>73</sup> Porcar, *op. cit.*, fol. 173.

<sup>74</sup> ACV. Leg. 4941, fol. 661.

<sup>75</sup> *Ibid.*, 167-168 y 188-191. El primer argumento expuesto por los canónigos se fundaba en el capítulo XIII del ceremonial romano en el que se disponía que el asiento de los obispos “no es uno mesmo en todas las yglesias sino que se regula conforme el sitio y fábricas del choro y altar de la capilla mayor”. En el caso en cuestión, se determinó que por estar el coro en medio de la iglesia se pondría la silla arzobispal en primer lugar y a la derecha del coro, por ser éste el lugar más preeminente. En cuanto al modo como debía y podía asistir el prelado a los oficios se contemplaban dos formas: bien con *amicto singulo, annulo, pluviali et mitra* bien con capa de coro. En ambos casos el ceremonial disponía el lugar desde donde el arzobispo había de asistir a los oficios. Además, cabía otra posibilidad: que el mitrado pudiera acudir a la iglesia privadamente, en cuyo caso no se le daba la misma preeminencia y dignidad que en las primeras posibilidades. Para estos actos privados se erigió una tribuna que del palacio arzobispal salía a la Seo, a vista del altar mayor y del púlpito donde se predicaba, según la forma que el mismo Papa practicaba con los cardenales que querían asistir a

no sólo no se había dignado a responder, sino que ni siquiera había acudido a misa ni a sermón en todo el Adviento y Pascuas. Por si fuera poco, además, había recurrido al rey. Prueba de ello es que, a través de su lugarteniente en el reino de Valencia, el monarca había ordenado al cabildo que se le diera la posesión de la tribunilla al prelado como la tuvo en su día el Patriarca. Desamparado, el cabildo se puso en manos de su agente Balaguer, confiando en sus buenos oficios e instándole a que remitiera el asunto a la Congregación del Concilio, a la de Ritos, a la Rota o a cualquier otra que conviniera, todo menos consentir bajo ningún pretexto que Aliaga asistiera a los oficios o al sermón dentro de la iglesia con hábito privado y que “quando pudiera aquel lugar del púlpito no es lugar privado sino público y que a de hojr el sermón quando viniere con la capa con el cabildo”. El principal argumento con el que contaban los canónigos para sustentar su pretensión era el hecho de que la posesión de la tribuna era precaria, de cinco o seis años o de antes que se introdujese el ceremonial del Papa Clemente VIII, como se había introducido con la llegada del nuevo prelado.<sup>76</sup> El cabildo, por último, pedía a su agente que en caso de encontrar algunas provisiones en materia de preeminencias de arzobispos y cabildo las remitiera a Valencia.<sup>77</sup>

los oficios privadamente. En caso de que el arzobispo acudiera a los oficios con mitra y *pluviali* o capa, no era conveniente el asiento del púlpito, porque además de tener que ser el más preeminente sitio para esta dignidad había de situarse *inter canonicos*, sin separarse de éstos, pues “el obispo con el cabildo hazen un cuerpo cuya cabeza es el obispo”. Así, sería ilegal que el prelado se sentara en el púlpito o tribuna *extra chorum*.

Por otro lado se indicaba que el asiento dado en el coro al arzobispo era inmóvil. De la misma forma que asistía al oficio había de hacerlo al sermón... el cabildo, a lo largo de su extenso memorial redundaría una y otra vez en un mismo argumento: el prelado, si bien tendría un lugar preeminente éste siempre habría de estar entre los canónigos y nunca al margen de ellos, sin separarse la cabeza de los demás miembros, tal cual sostenía la romana Congregación de Ritos. En fin, el cabildo concluía su pormenorizado parecer rechazando la pretensión que el arzobispo Aliaga sostenía basándose en una controvertida costumbre usada por el Patriarca. Primero “porque el uso de oyr el sermón en las tribunas no fue siempre conforme, antes bien el cabildo, según la diversidad de los tiempos, ha mandado quitar las tribunas o púlpitos”. Cuando no había púlpitos el arzobispo se sentaba a oír la homilía en una silla, en medio de sus canónigos; la situación era bien distinta cuando, por el contrario, sí hubo tribunas: tras haber asistido durante mucho tiempo Ribera a oír el sermón desde su sitial junto con el cabildo, se comenzó a introducir el ceremonial romano, habiéndose de bajar a partir de entonces al coro con capa cuando antes se hacía con hábito; representó en 1605 el Patriarca al cabildo que “por su cansada edad y por la larguesa de los officios no podría, sin danyo de su salud, asistir a los officios divinos”. En consideración a su avanzada edad y a los numerosos trabajos que había realizado por la Iglesia valenciana, el cabildo permitió a Ribera que, por el resto de sus días, pudiera usar de una tribunilla para asistir en ella a los oficios y homilias vestido con hábito privado, “lo que no puede dar possession por ser permisiva y precaria y para el tiempo limitado de su vida”.

<sup>76</sup> *Ibid.*, 661-661v.

<sup>77</sup> *Ibid.*



El nuevo año no apeó a Isidoro Aliaga de su inflexible actitud. El 1 de enero de 1613 un tercer signo adverso confirmaba los nefastos presagios que se abatían sobre un episcopado que se acababa de iniciar. El convento de Predicadores había dispuesto los preparativos para la celebración de la fiesta del Nombre de Jesús, colocando el sitial del arzobispo en el altar. Para dar mayor esplendor a la fiesta, se soltaron unos pajarillos, con tan mala fortuna que uno de ellos vino a caer en una lámpara que se hallaba frente al sitial del prelado. El avecilla, revoloteando y asfixiándose en el aceite de la lámpara, lanzó una oleosa lluvia sobre el sitio arzobispal, de modo y manera que hubo de retirarse éste y sentarse Aliaga en la tribuna.<sup>78</sup> Mal augurio o mera coincidencia, lo cierto es que la festividad de Reyes se convirtió en escenario de un nuevo enfrentamiento del conflictivo mitrado, en este caso con la Ciudad de Valencia. El 6 de enero, estando los jurados en casa del *magister* de la Seo dispuestos con sus gramallas e insignias para acudir a los oficios, se les informó que en la capilla mayor de esta iglesia, donde era costumbre celebrar los divinos oficios en esta jornada, se había colocado un sitial desde el cual habría de predicar el prelado. No se hablaba en la catedral de otra cosa sino de la gran novedad que este hecho suponía. Los jurados, no pudiendo permitir tal innovación, enviaron con el síndico de la Ciudad, Pallarés, un recado al arzobispo rogándole tuviera a bien retirar dicho sitial, advirtiéndole que de ningún modo podía tenerlo estando presente la Ciudad en esta capilla, pues se trataba de una regalía y preeminencia exclusiva del monarca o su virrey, sin que jamás la hubieran tenido los prelados ni otras personas.<sup>79</sup> Aliaga pidió a los jurados que, por aquella vez, se lo permitieran. La Ciudad volvió a negárselo, advirtiéndole al arzobispo que estaba dispuesta a entrar en la Seo con la determinación de que si él no mandaba retirar el sitial ella misma ordenaría a los *veguers* que lo hiciesen. El prelado, aun contando con el asesoramiento del canónigo Villarrasa, tuvo algunas dudas. Ordenó que se parara de cantar la hora que acababa de comenzarse. Todos pensaron que, a continuación, el arzobispo pondría el entredicho.<sup>80</sup> No fue así. Siendo bastante tarde ya, Aliaga contestó al segundo recado que de inmediato mandaría retirar el sitial y todo lo demás. De modo que cuando los jurados entraban por la puerta de la Seo los escolanos ya estaban quitando el sitial de la discordia. No obstante la Ciudad continuaba ofendida, y en este sentido, varios días después, pidió al monarca “se servixca manar advertir al dit archebisbe que de açí avant no

<sup>78</sup> Porcar, *op. cit.*, fol. 174-174v.

<sup>79</sup> AMV. *Lletres Misives* g<sup>3</sup>-58, fol. 240v. También S. Carreres Zacarés, *Libre de Memòries de diversos sucesos e fets memorables e coses senyalades de la Ciutat e Regne de València 1308-1644*. Tomo II, fol. 1064-1065.

<sup>80</sup> Porcar, *op. cit.*, fol. 173v-174.

intente semblants empreses y novetats per a que se eviten los inconvenients y encontres que delles podrien nàixer y resultar”.<sup>81</sup> Isidoro Aliaga se había visto obligado a claudicar, al menos por esta vez.

Mientras tanto el frente de la tribunilla de la catedral continuaba abierto. A principios de enero el virrey Caracena entregó una carta del monarca al cabildo en la cual, de nuevo, se le volvía a instar a la cesión del uso de la tribuna al prelado. Pero las reticencias del cabildo seguían firmes. Opinaba éste que la decisión sobre el negocio en cuestión solo podía ser determinada por la Congregación de Ritos, pidiendo a Felipe III que aceptara este recurso.<sup>82</sup> Lejos de solucionarse el conflicto, el retorcido asunto de la tribuna se arrastró a lo largo de 1613; es más, seguiría pendiente durante varios años. La situación, en ocasiones, tendió a agriarse todavía más. Durante el mes de marzo, en vista de la intransigente actitud de Aliaga, que tan celoso de su dignidad se resistía a bajar a la Seo ni aun en los días más señalados, y a la espera de que el Papa o la Congregación de Ritos se pronunciasen, el cabildo, a imitación de su cabeza y en defensa de sus derechos, determinó salirse de la iglesia siempre y cada una de las veces que el arzobispo bajara a sentarse en la disputada tribunilla.<sup>83</sup> Por su parte, el rey y sus ministros habían tomado muy en serio el concertar de un vez por todas estas diferencias, buscando con interés una solución satisfactoria para ambas partes. A principios de abril, el cabildo envió una embajada integrada por cuatro capitulares —don Miguel Vich, don Baltasar de Borja, don Francisco López de Mendoza y el canónigo Andreu— a la corona para suplicar el perdón en caso de que se hubiera cometido algún exceso o acción indecorosa.<sup>84</sup>

Cuando el fuego perdía intensidad el inesperado viento de las vísperas de San Vicente reavivó las llamas:

Dit dia tocaren a vespres en la Seu a la una hora y un quart, sempre tocaren fins prop de les quatre y la causa fonch per que dien que lo señor archebisbe envià a dir els canonges que sa reverendíssima volia començar les vespres per ser de san Vicent Ferrer y que vinguesen a acompanyarlo com era costum. Y dien que le enviaren a dir que en horabona, però que havia de vestir-se en lo acompanyament y havia de venir vestit ab robes de chor y sa reverendíssima dien que no volia sinó ab lo hàbit ordinari que portava. Y los canonges no volgueren

<sup>81</sup> AMV. *Lletres Misives* g<sup>3</sup>-58, fol. 241-241v.

<sup>82</sup> ACV. Leg. 4941, fol. 231, 8 enero.

<sup>83</sup> *Ibid.*, 276-277, 5 marzo.

<sup>84</sup> *Ibid.*, 306-307, 2 abril. No deja de ser curioso el hecho de que estos cuatro canónigos pasaran a contarse entre el grupo sobre el cual, no mucho tiempo después, Aliaga desataría una implacable persecución que llevaría a la prisión a una buena parte de los capitulares. Un nuevo conflicto estaba en ciernes. El favorecimiento de la causa de Simón por parte de un mayoritario sector del cabildo jamás sería perdonado por el arzobispo.

acompanyar-lo. Y en estes répliques se estigueren tant. Y a la fia, dit reverendíssim señor, vent que no'l venien a accompanyar, se'n baxà a soles y se'n entrà en lo chor y se va aseure en la cadira primera més alta, a mà dreta, ahons se acosumava a seure lo señor Patriarcha. Y començaren les vespres un domer y acabades se'n ixqué y accompanyaren los canonges fins a la porta.<sup>85</sup>

El 19 de abril el cabildo informó a su agente en Roma del altercado a fin de que denunciara ante la instancia pertinente este grave atentado, “por ser después de la íntima y contra una constitución jurada y confirmada por el Papa Pío Cuarto”.<sup>86</sup> El escándalo, decía el cabildo, era impropio de un hombre de su dignidad. Sus ademanes asombraban y alteraban al pueblo: había comenzado las vísperas a las cuatro de la tarde, no saludó a los canónigos como solía hacer sino que los igualó a los beneficiados haciéndoles la señal de la cruz sin quitarse la capilla ni hacer ninguna demostración de cortesía, hizo caso omiso a las dos embajadas enviadas por el cabildo para llamarlo a la prudencia... en señal de protesta los canónigos resolvieron negar el saludo a su cabeza. De poco sirvieron las propuestas de algunos capitulares para formar un equipo que junto al arzobispo tratara de las ceremonias que debían o no hacerse. De nuevo no quedaba otra salida que confiar el resarcimiento de los agravios al agente Balaguer. A él le insistían en que, por todos los medios, tratara de atajar la intolerable actitud del prelado. Los argumentos de su defensa llevaban ya mucho tiempo oyéndose: el arzobispo no podía entrar en el coro sin capa de coro, habría de sentarse entre los canónigos...<sup>87</sup> El 2 de agosto el cabildo volvió a comunicarse con Balaguer, señalándole como “es de grande importancia advertir a su Santidad que el señor arzobispo nos a saludado siempre que a bajado al choro aunque la víspera de San Vicente no nos saludó”. Desde entonces el impulsivo prelado no había vuelto más a la iglesia. Era imperdonable, a su entender, que Aliaga saludara a los legos que entraban en el coro y a los canónigos no. Cansados de batallar suplicaban que el sumo Pontífice diera su parecer. Ellos, como fieles hijos, se comprometían a aceptar cualquiera que fuera su decisión.<sup>88</sup>

Los sucesos de las vísperas de San Vicente dejaron en un segundo plano la trifulca de la tribuna. El 22 de abril el cabildo se negó una vez más a cumplir con la orden real de entregar el polémico púlpito a Aliaga pues, teniendo en cuenta que la Rota intervenía en este asunto, “no podemos —decía el cabildo— con siguridad de consciencia innovar cosa alguna sin

notable perjuicio de nuestro justicia y sucesores”.<sup>89</sup> El deán Frígola, en su nombre, continuó en la real corte trabajando sobre este negocio. A fines de abril se le envió desde Valencia un memorial junto con una copia de la citación e inhibición en el negocio de la Rota romana de modo que se pudiera, después de consultar con algunas personas, hacer instrucción y enviarla al canónigo Balaguer.<sup>90</sup> Ningún personaje de esta historia se daba por vencido. Era el caso del rey quien, a pesar de los reiterativos argumentos del cabildo y su recurso a Roma, en absoluto iba a permitir que el asunto de la tribuna quedara como estaba y, por tanto, se perjudicara al arzobispo. La sombra del confesor regio era demasiado alargada... El 15 de junio Felipe III ordenaba al virrey que estimando que la restitución de la tribuna a su original estado no chocaba con el haberse recurrido a Roma, instara al cabildo a la ejecución de las ya conocidas instrucciones reales y que “sin diferillo la hagan poner como queda dicho”.<sup>91</sup> A pesar de la insistencia regia todavía hicieron falta algunas cartas más para que el cabildo reconsiderase su actitud. En este sentido, tal cual se le había ordenado, abriría una puerta en la tribuna el mes de julio, aunque dejaba claro que no se trataba de una renuncia a su postura, “antes bien —justificaba el cabildo— pasar esta causa adelante asta que se declarasse por su Santidad en este negocio todas las diligencias beneficiosas para la causa”.<sup>92</sup> El cabildo seguía prefiriendo que el asunto quedara en manos de la Rota. Era mucho lo que se jugaban en su resolución. No aceptarían las pretensiones de Aliaga. Nunca nadie antes del Patriarca —y por razones ya mencionadas— había acudido a los oficios ni al sermón en la polémica tribuna. Desde tiempo inmemorial, cuando estaban colocados estos púlpitos, oían el sermón en ellos juntamente el prelado con todos aquellos canónigos y dignidades que cupieran; de estar ausente el titular de la mitra, eran usadas por dignidades, canónigos y, a veces, personas seculares graves...<sup>93</sup> Los meses siguientes se caracterizaron por el intermitente cruce de memoriales, instancias a Roma por parte del cabildo, dimes y directes del arzobispo con los canónigos, la firme postura de Felipe III, las turbulentas relaciones entre el cabildo y su agente Balaguer..., etc.<sup>94</sup> A pesar de todo 1613 tocaba a su fin y la disputa de la tribuna seguía estancada sin avanzar un ápice, arrinconada por el ruidoso

<sup>85</sup> Porcar, *op. cit.*, fol. 177v-178.

<sup>86</sup> ACV, Leg. 4941, fol. 547-548v.

<sup>87</sup> *Ibid.*

<sup>88</sup> *Ibid.*, 575-576v.

<sup>89</sup> *Ibid.*, 341, 22 abril.

<sup>90</sup> *Ibid.*, 422-422v. A Balaguer, ya tiempo antes, se le habían enviado algunos papeles sobre el tema, entre ellos la interpelación hecha al arzobispo antes de recibirse las cartas reales.

<sup>91</sup> *Ibid.*, 445v y 559-559v, 1 y 11 julio.

<sup>92</sup> *Ibid.*, 595v-597.

<sup>93</sup> *Ibid.*, 6 septiembre. Todas estas reflexiones eran confesadas por el cabildo a su agente Balaguer.

<sup>94</sup> *Ibid.*, 486-487v, 501-501v, 608 y 624-625.

estallido de un nuevo y todavía más espinoso conflicto entre el arzobispo y algunos canónigos que terminaría poniendo entre rejas a la mayor parte del cabildo. De nuevo eran las preeminencias y cuestiones de jurisdicción los motivos desencadenantes, si bien la razón última no sería otra que las posturas abiertamente contrarias mantenidas por ambas partes respecto a la causa de beatificación de Francisco Jerónimo Simó.

Era el inicio de un largo episcopado... y con él los primeros problemas de una infinita lista.